

LA MUJER DEL LAGO

Por Antonio Diego Duarte Sánchez (27428747)

Cuando aquella tarde de verano fue a sentarse junto a la orilla del mar, su vida ya se había deshecho como la arena reseca y caliente sobre la que posaba sus pies. Cuando pensaba en ello (o sea, casi siempre) le parecía como si alguien hubiese golpeado un rompecabezas recién hecho, esparciéndolo a su alrededor y dejándole con una sensación de aturdimiento e incompreensión en la mente.

Idea de su estado podía darla el que ya ni siquiera dejase ir la mirada tras el cuerpo de las mujeres que pasaban cerca de él, cimbreando sus cuerpos mientras las olas lamían sus tobillos como queriendo arrebatarlas tímidamente. Y, sin embargo, por debajo del dolor y del miedo a las incógnitas de su nueva vida, sentía latir la libertad. Pasaba los días haciendo cuentas de como podría llegar ahora a fin de mes, ciccateando hasta la miseria la comida y la ropa con tal de cumplir sus obligaciones con su ex-familia. No salía con sus amigos por no tener que contestar a sus miradas de reproche y desprecio de aquel modo agresivo que era ya suyo para siempre.

Pero allí, en el límite del horizonte formado por el mar y el cielo, empezaba a formarse la figura de otra mujer. Se cubrió con el sombrero de paja y se acercó a la orilla; tomó con sus manos el agua y la dejó caer por su nuca y por su pecho..., pero la mujer seguía allí, mirándole procaz y altiva. Era..., no sabía bien cómo era; ahora la veía y ahora no, ahora su pelo desprendía reflejos dorados y después el azul de su cabello se mezclaba con el del mar.

En otra ocasión la vio, allí mismo, invitándole a seguirla. Fue hace muchos años, cuando en su vida se abrían dos caminos igual de apetecibles, dos caminos que le supondrían romper con el pasado para siempre. Miedoso, eligió aquel que le ofrecía una pequeña ventana al pasado por la que se dejó, al fin, llevar. Ahora se le aparecía sin rencor aparente, sin pensar en sus egoísmos, en sus caprichos, como aceptando sin poner en duda la autoridad de sus deseos.

Gastó sus últimos ahorros en un billete de avión que le tenía que llevar al otro extremo del mundo. Ligerero de equipaje, habiendo dejado atrás recuerdos, vida y compromisos, llegó a una tierra donde aún un hombre podía dejar la existencia luchando contra la Naturaleza con el dolor en los labios, besando la muerte y aferrándola para que no se escapase y evitase llevarle a uno con ella.

Allí, perdiéndose contra las montañas se veía de nuevo a la mujer de sus sueños, abriéndole su cuerpo y dejándose gozar de sus pechos, amamantándole mientras avanzaba contra las cumbres que se recortaban. Y vio el lago, enorme y oscuro, lleno de ofertas. La tierra fértil y salvaje, la vieja barca con sus remos y su vela triangular que se balanceaba de un lado para otro. Se montó en ella y extendió la vela pero ni un pequeño soplo de aire se dignó ayudarle; empuñó los remos y empujó con fuerza, siguiendo con su mente el quejido de cada uno de sus músculos. Ahora avanzaba mejor, por la inercia, claro; su cuerpo se iba habituando al monótono bogar, liberándole del dolor y dejando que su vista apreciara cada gota del agua contenida en el lago.

La mujer le fue ofreciendo los animales, las piedras preciosas, cada grano de arena del fondo, cada lecho de algas, cada onda.... Pero él lo rechazaba todo con furia contenida; sabía que si remaba lo suficiente alcanzaría el mayor tesoro: Amaría la sensualidad contenida en el cuerpo de aquella mujer, sería consciente del placer y la dedicación de ambas partes, sería hombre y mujer a la vez, penetrador y penetrada. Sabía que si seguía remando alcanzaría a superar la limitación que la naturaleza puso en su cuerpo.

Y ahora pasó como una ráfaga el recuerdo de su matrimonio y le pareció vulgar. Solo imaginar la belleza que le esperaba hacía palidecer todo lo demás. Ni sus hijos, lo que más esfuerzo le costó dejar, le parecían ahora más que una irresponsable muestra de irracionalidad procreativa. Incluso se arrepintió con dolor de aquellas vidas engendradas para sufrir y morir sin objeto aparente. Pero la brisa levantaba ya gotas de la superficie, bañándole y estimulándole para ayudarle a seguir en su empeño. Allá a lo lejos le esperaba la mujer, haciendo remolinos en el agua con sus cabellos y recorriendo sus pechos con sus dedos ágiles y suaves. Ella tenía en sus ojos el amor y el placer, decía, sin más límite que el que uno se quisiera imponer; ella tenía en su cuerpo la esencia de los sueños, inaprensibles y vaporosos, de los que nos despertamos con prisa sin molestarnos en recordar por miedo a descubrir la verdadera imagen del Universo.

Al moverse el agua, todo parecía girar en torno al sexo de la mujer. De allí partían los remolinos, desde allí ascendían los cabellos, las gotas de agua se fugaban con pánico y el aire tiraba de ti mientras te estremecías de deseo y temor. Los remos no te servían. No eran más que lo que eran, la madera muerta y reseca que luchaba contra el agua. La barca ya no avanzaba, la mujer la rechazaba como algo extraño, muerto también, que te rodeaba y que te impedía acudir a la fuente de la vida.

A la fuente de la vida no se podía acudir con algo muerto, así que te quitaste la ropa de cualquier manera, impaciente, y la dejaste junto a los remos, dentro de la barca. La mujer de miraba y dejaba hacer. Sus ojos recorrían tu cuerpo mientras te desvestías y fueron a pararse sobre tu pecho, agitado y sudoroso, antes de sumergirse en el agua dejando solo un resto de burbujas. Desesperado, te lanzaste tras ella. Te llamaba el deseo, el agua fría no consiguió refrenar el calor de tu piel mientras te impulsabas hasta el fondo, verde oscuro y plateado por aquel rayo de sol que, como tú, era lo bastante fuerte para alcanzar el final de su recorrido.

La mujer se te ofrecía ahora. Sus labios húmedos y fríos que pedían ser llenados de vida; sus pechos mórbidos y duros, sus glúteos firmes, suaves y carnosos. Penetraste en su interior y te clavaste con desesperación, amaste y fuiste amado; la mujer y tú os transformasteis en un sueño donde los papeles se intercambiaban, ella gozaba ahora de ti y te empujaba con fuerza mientras el calor te abrasaba. Allí, dentro del agua helada del lago, tu sangre y su sangre se mezclaron en un abrazo bárbaro y brutal. Tu pelo y su pelo se enredaron para siempre. Tu aliento y su aliento dejaron subir hasta la última burbuja de aire, al aire de donde venías y al que nunca retornarías.

Murcia, a 6 de Junio de 1.994.

